

Hormonas

DE MARTES A VIERNES ↔

Orlando Henríquez



La noche del 25 de junio señala el comienzo de la caída vertiginosa de los sueños de conquista del Presidente Manuel Zelaya. Hombre inteligente, valiente se dice, pero con ese valor de los irresponsables o de los ambiciosos que llegaron a alcanzar las alturas, debe reconocérsele que tuvo mucha habilidad para tener doblegados a sus amigos, humillado al Partido Liberal, manso al Partido Nacional y preocupadas a las Fuerzas Armadas; mientras discursaba con los sindicatos y alegraba a los campesinos prometiéndoles lo que en tres años ni por asomo les había dado sino más bien quitado de los millones que las naciones ricas del mundo obsequiaron para disminuir la pobreza; y rompiendo las arcas nacionales para mantener contentos a los grupos de presión y sindicatos, mientras la economía se venía abajo. Y alentaba con fuerza el odio del trabajador en contra del empresario, con justa razón pero sin que en verdad tuviese interés en mejorar esa situación sino más bien en beneficio de sus amigos y del suyo propio.

En la conferencia que hizo gala de conocimientos históricos y aprovechó para definirse como un presidente demócrata, preocupado por su pueblo oprimido por los empresarios, cosechando aplausos de los invitados especiales hondureños llevados ex profeso. Internamente debe haberse reído, máxime cuando había demostrado fuerza al destituir al jefe del Estado Mayor del Ejército, general Romeo Vásquez Velásquez, por atreverse a contradecirlo cuando el general explicó que tenía que ser obediente a los dictados legalmente emanados y, por lo tanto, no podían las Fuerzas Armadas hacerse cargo de repartir, vigilar y velar por las urnas en las cuales el Presidente preguntaba si se debían alterar algunas leyes y en especial la Constitución política. Tal actitud del Presidente solidarizó a altos oficiales del Ejército con el general Velásquez y las autoridades civiles declararon ilegal la acción gubernamental, ordenando la restitución del militar, mientras la mayor parte del pueblo, horrorizado, rechazó la actitud del mandatario.

La conferencia de prensa terminó pasada la medianoche, mientras se enviaban las urnas a diferentes partes del país para que simplemente pusieran una equis en el lugar en donde se aprobaba con disimulo la reforma constitucional.

Posteriormente se descubrió que lo de las urnas era un pretexto en un plan bien meditado pues la mayor parte de ellas

estaban llenas antes de enviarlas a los pueblos y que, además, Mel Zelaya, en secreto consejo de ministros había firmado la disolución del Congreso Nacional, que sería publicado tan pronto como se leyeran los resultados de la fraudulenta encuesta. Fue así como el Poder Judicial procedió a decomisar las urnas en donde estuviesen, bien custodiados sus representantes pues se les había prometido destruirlos si intentaban impedir el conteo, sin testigos, sin representantes, al arbitrio de los encargados para que las urnas rebosaran. A continuación, Mel publicaría un convocatoria a una Asamblea Nacional Constituyente, para cumplir el reclamo popular inventado y entonces la historia de permanecer en el poder de la nación en vez de supuesto se volvería realidad, a lo Chávez o Fidel Castro en su tiempo.

Con toda esta información, los militares rodearon la mansión de Mel y tras registrar allí, lo hicieron en Casa Presidencial en donde encontraron más de los mencionados documentos comprometedores ya firmados y listos para su publicación y que se volvieran oficiales tomando por sorpresa al pueblo.

Mel se dejó hacer prisionero. Todo aquel valor de que hacía gala se le fue hasta los zapatos y los supuestos miles y miles de partidarios dispuestos a romper cabezas ajenas para preservar a Mel desaparecieron como por arte de misterio. Según informaciones radiales, él se encuentra en San José de Costa Rica en carácter de emigrado político.

Es posible que el Congreso Nacional, que estaba elaborando un documento probatorio de los desmanes y millones perdidos entre los bolsillos de sus colaboradores más cercanos y de él mismo, dentro de poco le dará publicidad al documento.

Todos teníamos la convicción de que Mel no hubiese parpadeado mandando al paredón a sus rivales, pero nos hemos llevado la agradable sorpresa --puesto que no pereció-- de que en su caso las hormonas no funcionaron conforme la regla y que, además, podrá ser osado, a veces, pero no tan héroe como para sacrificarse en vez de sacrificar a otros.

Además, Mel ni se imaginaba que le iban a ganar la mano. Chávez y el de Nicaragua estaban listos a ayudarlo, las multitudes le servirían de escudo "y nadie salió a defenderlo", aunque dice, como excusa dudosa, que firmó a la fuerza su renuncia, con bayonetas en la cabeza, que para los valientes son igual que cien disparos.

Derechos Reservados